Las Provincias
Valencia 10 Enero 1950

40

(51)

La música, a vista de pájaro

(Exclusivo para LAS PROVINCIAS. Prohibida la reproducción.)

Por Joaquín Calvo Sotelo

Hay libros de desecación, como la sal cuando el agua le huye y deja sus cristales diminutos secarse al sol; hay libros eruptivos, por cuyas cuartillas corre la lava tumultuosa y arrolladora de los volcanes. Los primeros son, casi siempre, fruto de madurez; los segundos, juveniles estallidos de fuerte pulso, combativos, polémicos, como si se hubieran escrito entre el humo de la pólvora. A este segundo grupo pertenece el que Antonio Fernández Cid, con un bello prólogo de Sánchez Silva, ha lanzado bajo el título de «Panorama de la música en España», a librar su personal batalla en los anaqueles de las librerías. Por un momento, Fernández Cid ha dejado al margen su misión habitual de tasador de corcheas, ha renunciado a puntuar, con sus severas e inflexibles calificaciones, la labor de los creadores o de los intérpretes, a los que justiprecia cotidianamente, y adjudicà ya el laurel, ya el sambenito, sin casación o segunda instancia, y ha hundido la reja de su grado en esta monocorde, tristona y empobrecida vida musical española. Con lo cual, la vida musical española ha estallado, como estallaría la tierra misma, aguijoneada, sacudida por el empuje de este agitador que, con loas unas veces, y con vejámenes otras, da a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, sin que se le vaya la mano nunca en el ejercicio de tan sutil justicia distributiva. Y así, la familia muscal española, de ordinario tan convencional, tan resfriada, tan desvitaminizada —¿por qué no decirlo, aunque nos duela?—, crepita hoy, bulle, disputa, bajo el cauterio que se le ha aplicado, y al toque de generala que ese hostigo comporta, se atrinchera. Y que nadie estime excesivos los símiles bélicos que el libro de Fernández Cid me trae a los puntos de la pluma. Desde los tiempos del Retablo de Maese Pedro, nadie ha andado a cintarazos con tanta gallardía e ímpetu como él, con la diferencia que, si en aquella ocasión memorable, tirios pagaron culpas de troyanos, en ésta, cada cual lleva su merecido, y si hay muñecos a los que se les raja, mutila, destroza y divide, hay otros a los que el acuchillador no sólo respeta y libera de ataques, sino que, al contrario, les ampara bajo su hidalga capa, y les ofrenda, a seguida, el homenaje de su espada, caballerosamente rendida. Guirnalda, pues, de elogios y de censuras; descarnado escaparate de errores, e iluminada vitrina de aciertos; síntesis de pros y de contras; todo a lo largo y a lo ancho del entero mapa musical español, en este libro en el que, si bien a la vista de pájaro se estudian mil y diversos aspectos de un mismo problema, la ecuménica altura no es obstáculo para el minucioso análisis, y así, cuando conviene, el autor sabe ahondar, con un detallísimo de estomólogo, en la parcela elegida, combinando, como cualquiera película al uso, la técnica del travelling o de las panorámicas, con la de los primeros planos.

El mantener, sin embargo, tanto a la hora del vapuleo, como a la del elogio, intacta la autoridad con que uno u otro se aplican, de tal manera que ni filias ni fobias enturbien o dañen de parcialidad el criterio expuesto, sólo resulta posible, cuando a la diaria labor de la crítica, se les presta esa austera voz de sacerdocio con la que Fernández Cid mantiene al corriente a sus lectores de lo bueno o malo que acontece en el área por su pluma acotada. Cuando se le sabe dotado de una insobornable conciencia y animado a la vez por una honda pasión y una fervorosa entrega a su oficio. Cuando se sabe cuál es su capacidad de entusiasmo para el éxito merecido, y su sincera pesadumbre ante el fracaso ajeno, y como no hay nunca, en la sala de conciertos, alegría más expansiva que la suya, la tarde en la que, obra e intérprete, logran su ecuación perfecta.

Por eso, ante él, la gratitud del elogiado es ociosa, como la cólera del suspendido. Ni uno ni otra, tienen nada que cargar en el haber o en el debe del crítico, sino sólo en su propia cuenta.

Celebren, pues, los que amen la música sobre todas las cosas, y celebremos, también, los que la amamos sobre casi todas, la aparición de este libro, en el que el grito de júbilo y el anatema, se suceden ininterrumpidamente y en el que no se denuncia mal alguno sin acompañarlo, a continuación, de su receta; este libro que tiene hoy un valor de síntesis enorme, y será mañana una expresiva fotografía del año en que fué escrito. A saber: el de 1949; y con la juvenil notación de «molto appassionato» al margen, que es la buena; con más timbales en su orquestación que arpas eólicas, cierto, pero con su irreprimible y vibrante alegría de apostolado, impregnado de electricidad sus líneas.

arado

de